





LOS
CABALLEROS
LAS
PREFIEREN
MUERTAS



CARMEN MORENO

LOS
CABALLEROS
LAS
PREFIEREN
MUERTAS

algaida



Imagen de cubierta: Shaw Family Archive/Getty Images

Primera edición: 2022

© Carmen Moreno, 2022
© Algaida Editores, 2022
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9189-661-6
Depósito legal: SE. 1.072-2022
Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERA PARTE. NORMA JEANE

Capítulo 1. Jim Dougherty. (Nueva York, 1977)	11
Capítulo 2. David Conover. (Los Ángeles, 3 de septiembre de 1962)	24
Capítulo 3. André de Dienes. (Nueva York, 9 de enero de 1965)	41

SEGUNDA PARTE. MARILYN MONROE

Capítulo 4. ¿Qué fue de Norma Jeane?	65
Capítulo 5. Papá Kennedy	73
Capítulo 6. Los productores	83
Capítulo 7. Joseph Schenck	91
Capítulo 8. Los diez de Hollywood	99
Capítulo 9. La soledad	107
Capítulo 10. De nuevo André de Dienes	113
Capítulo 11. Joe DiMaggio (I)	119
Capítulo 12. Joe DiMaggio (II). Corea, <i>mon amour</i> . . .	137
Capítulo 13. Joe DiMaggio (III). El regreso a casa . . .	156

Capítulo 14. JFK	166
Capítulo 15. Fred Otash	178
Capítulo 16. Frank Sinatra	194
Capítulo 17. Marlon Brando y Lee Strasberg.	204
Capítulo 18. La caza de brujas	220
Capítulo 19. JFK y Elia Kazan	227
Capítulo 20. Arthur Miller. «Cuídame a mi chica»	236
Capítulo 21. Arthur Miller. La boda.	242
Capítulo 22. La productora MM. El infierno Olivier . .	252
Capítulo 23. Arthur Miller. <i>Misfits</i>	262
Capítulo 24. JFK, Sam Giancana y el psiquiátrico. . . .	272
Capítulo 25. El mafioso y el presidente	285
Capítulo 26. El ascenso al poder	291
Capítulo 27. <i>Happy Birthday</i>	299
Capítulo 28. La última visita.	310
Capítulo 29. Un cadáver	317
Capítulo 30. La autopsia.	321
Capítulo 31. Nunca llegó el final	327
Archivo y testimonios [...]	328
Nota de la autora.	355
Agradecimientos.	357

PRIMERA PARTE
NORMA JEANE

NINGUNA BIOGRAFÍA SE AJUSTA A LA REALIDAD, COMO MUCHO, tan solo a los datos. Datos, por otra parte, convenientemente manipulados por manos nada inocentes. Si no fuera así, los libros que hablan de alguien deberían poder exponer los resquicios del alma.

No hay biografía que hable de los miedos, de las incertidumbres, ni siquiera de las alegrías, tan solo existen escritos que temen faltar a la realidad estadística.

De esta manera, cualquier intento por plasmar la existencia de otro no es más que un experimento fallido, realizado en un museo.

Más allá de las moléculas, las fechas o los sucesos, Marilyn Monroe es la suma de todo aquello que nadie podrá escribir nunca.

CAPÍTULO 1

JIM DOUGHERTY. (NUEVA YORK, 1977)

«ÉRAMOS JÓVENES». ERA LA ÚNICA EXPLICACIÓN DECENTE QUE Jim Dougherty encontraba para excusar aquella estupidez tremenda: el matrimonio.

Norma Jeane era una chica tímida. Una de esas chicas que buscaban ser protegidas, que necesitaban saber que podían llorar en el hombro de alguien que no le hiciera preguntas. Sí, así era ella.

Jim Dougherty creía conocer su historia mejor que nadie. Era fácil encontrarlo en algún bar del sur de California tomando un trago y contándole a quien quisiera escucharlo cómo amaba a los perros mucho más que a ningún hombre, o que a ninguna mujer. A falta de hijos, volcó su amor por aquellos seres fieles, que no lo habían abandonado nunca. Nadie mejor que su caniche supo quién era Norma Jeane, por mucho que Dougherty quisiera erigirse en el depositario de aquellas certezas.

La gente conoció a la mujer hecha a base de bisturí, al ser caprichoso. Hicieron de ella una sombra inservible que no pudo con la vida.

«Nunca pudo con la vida, ¿sabe? Le venía grande», decía Dougherty a cualquiera que le prestara un poco de atención. Hablaba de la necesidad de Norma de ser el centro de atención, sin darse cuenta de que él había convertido su vida en una pista circense en la que trataba de amaestrar pulgas del tamaño de elefantes. Una voz al otro lado de la desesperación provocada por el olvido.

Marilyn lo había olvidado, sí. Y Norma Jeane jamás estuvo en aquella relación que la aburrió nada más comenzar.

Era una historia triste. La historia más triste que Jim Dougherty había escuchado nunca, aunque la suya tampoco se quedaba atrás.

De hecho, Jim Dougherty siempre empezaba contando su propia historia, para que todos pudieran entender por qué cometieron aquella estupidez. Si querían escucharlo, claro. No le gustaba que nadie tuviera la impresión de estar perdiendo el tiempo ni que lo vieran como a un charlatán. Odiaba a esos bocazas que no sabían cuándo debían callarse.

Tampoco era que en su familia hablasen mucho. No había tiempo para cosas tan exquisitas. Hablar es cosa de gente que se aburre. Pardillos que no han tenido que buscarse la vida, ni tienen que hacerlo. Tienen la vida resuelta y se permiten el lujo de gastarla en banalidades.

Irlanda había provisto a Estados Unidos de un nutrido grupo de ciudadanos que llegaba huyendo de la pobreza y se había instalado en la margen anónima del país sin historia. Un papel en blanco que comenzaba a emborronar sus páginas con guetos e historias de perdedores que intentaban hacerse un hueco, hurgando las oportunidades con la punta de sus afiladas navajas.

Ethel Dougherty era una mujer que se las vio negras para sacar a sus cinco hijos adelante. Había llegado a Estados Uni-

dos, la tierra de las oportunidades, un par de años antes de la Gran Depresión. No lo tuvo fácil, no tuvo ayuda. Por no tener, no tenía ni buenas palabras para el país que, supuestamente, permitiría a sus hijos disfrutar de un futuro mejor.

Eran cinco hermanos que no tenían donde caerse muertos. Así que pensaron que sería mejor seguir vivos. Procuraron encontrar un modo de subsistir más allá de las patatas y la mendicidad. La pobreza es como la suciedad, una vez que crea costra en la piel es muy difícil deshacerse de ella. La piel es demasiado permeable a las miasmas de la vida. La felicidad suele ser esa pátina resbaladiza que no se apresa por mucho que lo intentemos.

Jim Dougherty era el pequeño. Su madre consiguió mandarlo a estudiar al Van Nuys High School. Antes de eso, habían hecho de todo: recoger naranjas, dormir en refugios... Pero lo que se les daba de maravilla era pasar hambre. Se habían convertido en unos expertos en el arte de no comer.

Norma había vuelto a casa de los Goddard. Tiempo atrás había salido de allí escopetada, cuando acusó al señor Goddard de haberla violado. Fue a casa de los Brunings, pero allí la violó el hijo, así que no tuvo más remedio que regresar a la casilla de salida. Su madre permanecía ingresada en un psiquiátrico. Sería más correcto decir que su madre vivía allí porque no había salido jamás: se limitaba a aprovechar pequeños permisos para reaparecer en la vida de su hija.

Era fácil encontrar a Norma por el barrio. Siempre sola, siempre perseguida por chicos, siempre intentando escapar. Lo mismo que la asolaba la hacía indiscutiblemente atractiva. Con sus suéteres pequeños, sus labios pintados, sus pechos redondos, menudos, apuntando a un cielo que se le antojaba el principio de un mundo infinitamente mejor que el que habitaba.

Norma y Jim se conocían del barrio, por supuesto. Ella andaba todos los días más de cinco kilómetros para ir al colegio. Se sentía tremendamente desdichada al principio pero, cuando se dio cuenta de que su cuerpo podía serle de gran ayuda, cambió su actitud.

Vayamos al principio: Norma Jeane. Al principio de todo. Como todas las historias.

La madre de Norma se llamaba Gladys Pearl Baker. Se casó por primera vez con un tal Baker.

A ese respecto hay que señalar dos cuestiones importantes. En primer lugar, a Norma siempre le contaron que su padre se mató en un accidente en Nueva York. Ojalá hubiera sido así. Quizá habría descansado mucho más. Además, en su partida de nacimiento aparece el apellido del primer marido, Baker, no el del segundo, Mortenson. Este sí era el padre de Norma. Ninguna de las dos tiene el más mínimo interés para el desarrollo posterior de su historia. O tal vez sí.

Norma nació el 1 de junio de 1926. Su madre, que era montadora en los estudios de Hollywood, tuvo un ataque de locura del que jamás se recuperó.

Locuaz, sensual y provocadora, Norma tenía pánico a acabar como su madre. No tenía escapatoria. Estuvo varias veces en los loqueros. Incluso ingresada.

Desde que su madre perdió la chaveta, Norma se fue a vivir con Grace McKee, a la que ella llamaba tía, pero no era más que una amiga de su madre. Gracias a ella, su madre había conseguido una casa para irse a vivir con su pequeña. Aquella no era una relación sana. No podía serlo.

La cosa no fraguó porque Gladys fue ingresada de nuevo, así que Grace se hizo cargo de ella hasta que también perdió el juicio. Pareciera que quien se acercaba a Norma acababa mal. Loco, para ser exactos.

Norma y Jim comenzaron a ser amigos porque no les quedaba más remedio, porque los espíritus tristes aúnan sus sentimientos de perpetua desgracia y crecen como enredaderas en un porche abandonado. Jim tenía cinco años más que ella. Él tenía un descapotable que la volvía loca (líneas, color, comodidad), porque le permitía librarse de andar aquellas tres millas; él la deseaba como casi todos los chicos que conocía. Pero, extrañamente, aquel chico se limitaba a llevarla a dar una vuelta. Les gustaba pasear por Mulholland Drive.

Jim tenía que trabajar por la noche en Locked para ganarse unos dólares. Estudiar no daba dinero, más bien lo consumía. Le habló a Norma de un compañero de trabajo. Era un tío bastante raro, con una voz dulce y grave que nada tenía que ver con su verdadero carácter: un camorrista de tres al cuarto. Quería ser actor. Robert Mitchum. Sí, así comenzó Mitchum, un tipo al que le gustaban el whisky y los puños a partes iguales. Era septiembre de 1941.

Jim no se quejaba. Tenía su Ford cupé azul descapotable, un trabajo que le permitía ganar unos dólares y a la chica con la que todos soñaban y que solo él podía besar. Ella tenía aquel pintalabios que había robado en unos grandes almacenes y muchas ganas de escapar.

Por eso le hablaba de Mitchum, para que viera que, si un tipo como de piedra aspiraba a ser actor, ella podía aspirar a encontrar a un hombre que la hiciera feliz y la sacara, al fin, de aquella vida que llevaba quince años sufriendo.

Él se limitaba a pasearla por Mulholland Drive, hasta que ella le pidió que la besara. Y vaya si lo hizo.

Así estuvieron tres meses más. Norma iba al colegio con sus labios pintados y ropa dos tallas más pequeña de la que realmente necesitaba. Los chicos suspiraban por Norma, las chicas la odiaban. Él la tenía entre sus brazos cuando quería.

Nunca sucedió nada más allá de unos besos y unas caricias, pero no importaba.

Todo transcurría con normalidad. La rutina era casi idéntica día tras día. Mitchum seguía allí con Dougherty y contra el mundo. Eso debía de ser la felicidad y él quería que se alargara hasta el fin de los días. Pero no pudo ser. La felicidad tiene los días contados siempre. Dougherty siempre la definía «como un bombardeo en el que sientes que vas a morir, pero luego sales cubierto de polvo y escombros y esperas a que llegue de nuevo».

Los *japos* bombardearon Pearl Harbor y fue entonces cuando Dougherty supo que la felicidad no es una detonación cerca de tu oído que acaba con más de dos mil hombres. La felicidad debía de parecerse más al silencio. ¿Qué podía saber él, pobre infeliz, de lo que tiene un precio tan alto? Estaba convencido de que ellos, los norteamericanos, eran los buenos, y que alguien se lo debería haber dicho a aquellos sucios amarillos. Mataron a más de dos mil hombres buenos.

Al infierno con esos malditos amarillos. Si hubiera sido el presidente de los Estados Unidos... Jim estaba convencido de que los norteamericanos eran el mundo. Si los golpeaban a ellos, golpeaban a todo el mundo. Por eso luego se les unieron, decía. Y no tardó en alistarse. Había que ayudar a la patria. No puedes quejarte y no hacer nada. Si no te parece bien algo, tienes que luchar por cambiarlo. Todo lo demás era de cobardes.

A Norma y a él les encantaba bailar. En la radio sonaba *Everything happens to me*. Norma se acercó a su oído y le susurró:

—Oh, Jim, ¿por qué todo tiene que pasarme a mí? —Escondió su pelirroja cabeza en el hombro masculino, aunque

inexperto en aquello de cabezas en busca de refugio, y se echó a llorar.

—¿Qué pasa, Norma? —preguntó sin dejar de bailar.

—A Doc le han ofrecido un trabajo en Virginia y ha aceptado.

Se refería a los Goddard, la familia con la que vivía. Sinatra seguía sonando en la radio. A Norma le encantaba aquel espagueti.

La abrazó con fuerza y siguieron bailando. No sabía qué decir. Les pasa a las personas inexpertas que dejan que otras busquen cobijo en su hombro.

Unos días más tarde, cuando bajó a desayunar, encontró a su madre más pensativa que de costumbre. Aquella mujer jamás dejaba la cabeza quieta. Se sirvió café y se sentó a comerse los huevos revueltos. Desde el día de Sinatra no había vuelto a ver a Norma. Le dijeron que andaba más triste que de costumbre. Era mucho, porque era una chica que vivía dentro de la melancolía.

—Jim, los Goddard se marchan.

—Lo sé, me lo dijo Norma Jeane. La echaré de menos.

—Hijo, ella no se va con la familia, vuelve al orfanato.

Aquel tenedor lleno de una buena porción de huevos revueltos se quedó a medio camino entre el plato y su boca.

—Grace me ha pedido que te pregunte si te casarías con ella.

En aquel momento, el cubierto cayó al suelo. Los huevos también. Se quedó con la boca abierta sin poder dejar de mirar a su madre ni padear.

Se levantó y salió de la cocina sin articular palabra. Se dio una vuelta en el coche mientras fumaba un cigarrillo tras otro. Pronto lo llamarían a filas. Su cabeza era un hervidero aún mayor que el de su madre. Parecía una de esas batidoras

que trituran todo lo que les cae dentro. Si alguien hubiera podido meter la mano dentro de su cabeza, la habría sacado con algunos dedos menos.

Se casaron seis meses después, el 19 de junio. Una ceremonia sencilla, con apenas veinte invitados. Todos desnudando a Norma con la mirada. Iba preciosa con su vestido de novia y su melena roja.

Años después seguía pensando que se casaron porque era lo que debían hacer. Si todo el mundo hiciera tan solo aquello que le apetece, viviríamos en el caos más absoluto. Jim sabía que, si no se casaba con Norma, ella volvería irremediablemente al orfanato. Y estaba seguro de que no lo habría resistido.

Muy poco tiempo después lo enviaron a Catalina Island. Una pequeña isla rocosa que forma parte de Santa Bárbara. Un lugar al que iban las estrellas del cine a pasarlo bien. Y donde productores como Louis B. Mayer, Samuel Goldwyn o Joe Sahenk se reunían con sus socios: Willie Bioff, Longy Zwillman o Joe Roselli.

Eran los dueños de Estados Unidos. Lo más selecto de los bajos fondos irlandeses o italianos. Así se formó la élite de aquel gran país. ¿Cómo no reconocer a los peces gordos de las dos mayores industrias: el cine y los sindicatos? Todos ellos hombres de negocios...

A Jim le daban un poco de asco. Eran hombres corruptos entre otros que se estaban jugando el pellejo por su país. Pero así era la vida.

Norma y Jim vivían en Avalon, donde se instaló el centro de mando de los marines, la oficina de la OSS, la primera agencia de espionaje y la escuela de formación de la Marina. También se instaló el epicentro del mayor terremoto que hubiera existido hasta entonces: Norma Jeane.

No resultaba fácil ser su marido. Cuando iban a algún baile, la rodeaban docenas de moscones a los que no solía hacerles ningún asco. Más bien al contrario. Sin embargo, los mantenía a una cierta distancia hasta que sonaba alguna canción que la hacía perder la cabeza. Aquella noche la música fue *Eager Beaver*, y todos se lanzaron a sacarla a bailar. Los apartó como pudo y llevó a Norma a casa. Tuvo que dejarle bien claro quién era su marido y a quién debía tenerle respeto.

—Yo no lo llamaría paliza. Es cierto que le di una buena zurra, pero no fue una paliza. Por el amor de Dios, yo era marine, si hubiese querido matarla, lo habría hecho. Solo quise dejarle claro que debía tenerme respeto. Algunas mujeres necesitan una bofetada de vez en cuando para reaccionar. No es malo.

Poco después embarcó. Iba a pasar algún tiempo fuera, así que Norma comenzó a trabajar en la fábrica aeronáutica. No le pareció mal. El país necesitaba mano de obra. Ellos, los hombres, los que salían a jugarse la vida contra la amenaza amarilla, necesitaban mano de obra. Y sobraban las esposas. Ningún hombre en su sano juicio, ninguno lo suficientemente hombre, podía preocuparse de su mujercita.

Norma le escribió. Mucho. Lo añoraba. Al menos, al principio. Luego la chica, la esposa, la trabajadora fue perdiendo terreno ante Norma Jeane. Sus palabras eran las mismas, pero ella no lo era. En la lejanía es mejor no pensar; en la guerra, es mejor no sentir. Las trincheras debían servir también para poner el corazón a salvo de cualquier disparo. Aún más del de la incertidumbre.

Cuando volvió a casa era obvio. Norma ya no era Norma. Era una mujer diferente que ganaba su propio dinero y ya no dependía de nadie. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquel matrimonio estaba llegando a su fin. Aunque decir

que se dio cuenta tal vez sea exagerado. En realidad, no intuyó nada. Solo sabía que su mujer ya no era aquella chica que necesitaba un caballero con armadura que la defendiera.

Norma empezaba a querer huir de nuevo. Esta vez lejos del hombre que mejor la había tratado. Las bofetadas no contaban cuando llegaban por su bien. Ella había intentado ser mejor. Ahora, solo quería ser.

—Jim, ¿podrías acercarme a buscar a Gladys al autobús?

Cuando Norma quería algo, podía ser la más encantadora del mundo. En esa ocasión, ni siquiera hacía falta. Se trataba de su madre, ¿qué hombre le habría dicho que no?

Llegaron a la estación de autobuses temprano. Se quedaron en el coche esperando a Gladys. El autobús llegó, los pasajeros descendieron con sus equipajes y ahí seguía Norma, mirando por la ventanilla y sin mover una pestaña.

—Mira, nena —dijo Jim—, es ella. Dios mío, os parecéis tanto... ¿Has visto? Tienes sus mismos ojos.

Cuando fue a salir del coche, Norma lo paró poniendo su mano sobre el antebrazo del marido.

—Vámonos —fue lo único que pronunció.

—¿Cómo? —No podía creer lo que estaba pasando.

—Vámonos. Esa no es mi madre.

Se alejaron de la estación. Vio por el retrovisor cómo la madre de Norma miraba hacia todos los lados, buscándolos. Sus dos manos sujetaban el asa de la maleta que sostenía ante ella; la mirada perdida en algún punto inconcreto.

Le dio pena Gladys. Ni siquiera sabía que su hija había ido a buscarla.

Dos semáforos después, Norma le pidió que regresaran. Miraba fijamente a través de la luna delantera, sin apenas parpadear.

—Intentó matarme —soltó de pronto.

—¿Qué? —preguntó Jim, sorprendido.

—Yo era pequeña y ella intentó asfixiarme con una almohada.

—Vaya... No tenía ni idea.

—Claro que no. Nadie sabe nada de mí.

—¿Ni siquiera yo?

Cuando regresaron, encontraron a Gladys tal y como la había visto por el retrovisor. No se había movido ni una pulgada. Madre e hija se abrazaron. Norma se mostraba risueña, feliz... Nada que ver con la mujer que un momento antes le había hecho aquella confidencia.

Se sentaron a tomar un helado y las dos estuvieron riéndose. Jim las observaba como si fueran dos pájaros extraños. Dos pájaros de esos que tienen las plumas preciosas, pero luego son los mayores depredadores. Era como ver a dos fantasmas que intentaban ser personas.

De pronto, en mitad de la conversación, Norma se puso en pie y dijo que iba a llamar a su padre. ¿Su padre? ¿El que había muerto en aquel accidente en Nueva York? No entendía nada.

Lo cierto fue que se levantó, sacó unos centavos de su bolso y se acercó al teléfono público. Gladys se puso muy nerviosa y pidió que la llevara de vuelta al autobús. Había venido para quedarse unos días, pero parecía que el plan había cambiado de repente.

Norma volvió a la mesa con una sonrisa dibujada que él ya conocía. Gladys le pidió entonces a ella que la llevara al autobús. Aceptó sin ponerle ningún impedimento.

De vuelta a casa, miró a Marilyn de soslayo. Encendió un cigarrillo y dio una profunda calada.

—¿Me lo vas a contar? —preguntó sin mirarla.

—Ha sido muy bonito ver a Gladys, ¿verdad? Qué lástima que no pudiera quedarse más tiempo.

—¿Estás de broma?

—Jamás bromeo con Gladys, ya lo sabes.

—¿A quién demonios se supone que has llamado ahí dentro?

—A mi padre, ya te lo he dicho.

—¿Al muerto?

—No creo que mi padre, mi auténtico padre, esté muerto —respondió, arrugando el entrecejo y frunciendo los labios—. Fue una mentira más de Gladys.

—Como la que tú has soltado hace tan solo un momento —dijo sin apartar la vista de la carretera mientras seguía fumando con parsimonia.

—¿No te parece encantador salir a pasear cogidos del brazo como si no estuviésemos en guerra? —preguntó, dando por zanjada la conversación.

No volvieron a decir nada. Fueron dejando atrás las calles y las casas que iban encendiendo sus luces a esas horas de la tarde. Realmente, resultaba encantador. Aunque lo cierto era que estaban en guerra, que pocas parejas salían a pasear tranquilamente. Norma tenía una gran capacidad para escapar de la realidad que no le gustaba.

Jim embarcó en el U.S.S. Du Mont. Norma se despidió de él, como lo hacía siempre. Era su mujer, Norma Jeane Dougherty. Así la dejó. Lista para ir a la fábrica. Lista para esperarlo. Lista para seguir siendo protegida.

El Pacífico Sur no era precisamente un lugar de vacaciones. Jim se jugaba la vida, como lo hacían todos sus compañeros. Ella ensamblaba piezas de aviones en la fábrica. Así era la guerra, todos los hombros resultaban necesarios.

Quando desembarcó, no lo esperaba Norma Jeane, su mujer, sino una carta pidiéndole el divorcio.

Jim Dougherty muchas veces se preguntó si habría podido ser un marido mejor. Entonces pensaba en cómo fue su vida y llegaba a la conclusión de que no había podido serlo. Otra cuestión era si ella habría podido ser una esposa mejor. Y se decía a sí mismo que sí, sí que había podido. Pero no había querido... En el fondo estaba convencido de que Norma no era mala chica. Simplemente no sabía frenar sus impulsos. Habría quien la hubiera llamado *buscona*, pero no delante de él. Porque no fueron el mejor matrimonio, pero fueron el mejor salvavidas el uno para el otro. Al menos, en aquellos momentos.

Hubo un tiempo en el que creyó que estaría siempre junto a Norma, pero no había durado mucho. Pronto comprendió que no era mujer para un solo hombre. Le quedaba mucho mundo por descubrir y él no entraba en sus planes. No la culpó demasiado. Tampoco él estaba preparado para el matrimonio.

Quizá si hubiesen tenido hijos... Quién sabía. Quizá si hubiesen tenido hijos... Pero es mejor no hacerse preguntas que no tienen respuesta. La vida siempre sigue. No sabía cómo había perdido a Norma Jeane, pero la vida siguió sin ella.

No tardaron mucho en firmar los papeles del divorcio. En el fondo, Norma sabía que lo liberaba de una carga que no habría podido llevar durante mucho tiempo más.

Ella se dio cuenta antes. Así era Norma, siempre soltaba lastre. No quería caminar sola, pero no sabía cómo hacerlo en compañía.

Un desastre. Un precioso y perfecto desastre. Una niña que no dejó de serlo.